

Editorial

Una de las funciones más importantes que tenemos como médicos, en general, y como dermatólogos, en particular, es la de enseñar a estudiantes y residentes. Sin embargo, es interesante que, como muchas otras cosas en la vida (matrimonio, paternidad, etc.), nos veamos obligados a ejercer nuestra función de maestros sin ninguna preparación especial.

Generalmente, aprendemos a enseñar basándonos en ejemplos (buenos y malos) de nuestros maestros y teniendo errores y aciertos. El método que más usamos comúnmente para enseñar es el de impartir conferencias, y nuestro papel durante la enseñanza con pacientes frecuentemente es el de transmitir conocimientos. Con el tiempo, llegamos a adquirir suficiente experiencia como para ser considerados maestros capaces.

Esta manera tradicional tiene muchos inconvenientes. Primero, no es eficiente, ya que implica largo tiempo y muchos errores. Segundo, la enseñanza basada en presentaciones y conferencias rinde pocos frutos. Los alumnos, generalmente, juegan un papel muy pasivo y tienden a perder la atención después de 15 a 20 minutos de instrucción. La retención de nuevos conceptos y la aplicación práctica de los mismos son casi nulas. Tercero, en las clínicas con pacientes los estudiantes tienden a ser observadores pasivos y el maestro se dedica a dar “miniconferencias” sobre las diversas enfermedades. Este método sirve más que nada para demostrar la erudición del maestro, pero su valor educativo es muy cuestionable.

Todo lo anterior resulta en un aprendizaje limitado y de corto plazo por parte de los alumnos y contrasta significativamente con los conceptos modernos de educación médica, que indican lo siguiente: 1) las discusiones de grupo y el estudio independiente son superiores a las conferencias, 2) la enseñanza con pacientes debe ser limitada, muy específica y basada en la historia clínica y en el examen

físico del paciente en turno, y 3) el objetivo principal de los maestros no es transmitir conocimientos, sino preparar a los alumnos para que desarrollen de por vida la capacidad de autoeducación.

La literatura demuestra que los médicos que reciben preparación teórica y práctica en educación médica moderna logran mejorar significativamente sus técnicas de enseñanza, independientemente del interés personal que tengan sobre el tema.

Actualmente, son muchos los recursos disponibles –libros, conferencias y talleres que se ofrecen en los congresos– para este fin. Existen, además, varias revistas médicas dedicadas exclusivamente a la educación, aunque desafortunadamente no existe ninguna en el área de Dermatología. Es por ello que los editores de nuestra revista han decidido lanzar una nueva sección dedicada a estos importantes temas.

La idea es presentar artículos con mensajes relevantes y de inmediata aplicación para que el dermatólogo pueda mejorar sus técnicas de enseñanza en el salón de clases y en la práctica con pacientes.

Algunos de los temas que se tratarán en los próximos números incluyen teorías y estilos de aprendizaje, técnicas de enseñanza en el salón de clase y técnicas de enseñanza con pacientes, así como la manera como debe retroalimentarse a los alumnos. Posteriormente, para los dermatólogos académicos se considerarán temas más avanzados y de utilidad, como desarrollo de currículo, preparación y revisión de manuscritos científicos, y métodos de evaluación de competencias médicas. Esperamos que esta nueva sección sea de provecho para todos los interesados y les pedimos a nuestros lectores que nos envíen su opinión y sus sugerencias para los futuros números.

Carlos García
Universidad de Oklahoma